

LAS ÚLTIMAS PALABRAS DE NELSON MANDELA

Creéis vosotros que yo, Nelson Mandela, soy un héroe, acaso un santo, como aquellos que poblaban vuestros sueños o vuestras pesadillas infantiles... Pero no hay nada de esto pues hace mucho que he muerto.

Os contaré cómo ocurrió. Fue en mil novecientos sesenta y cuatro. Mis enemigos me atraparon, me golpearon y torturaron, para condenarme después a muerte. Pero no sería ahorcado como otros tantos hermanos antes que yo, sino que fui enviado a morir a un infierno creado expresamente para los nuestros. Estaba obligado a golpear rocas de cal en una mina por horas interminables hasta agotar las energías de cada día. Fui condenado con cuarenta y seis años a golpear la roca, y sentía que cada golpe estaba dirigido inexorablemente hacia mí mismo.

Este infierno duró doce años hasta que un viento abrasador llegó hasta aquél agujero de muerte y acabó con lo que quedaba de Mandela. El viento había surgido a muchos kilómetros de allí, alentado por los escolares y los jóvenes de Soweto. Aquellos hijos nuestros nacidos en la miseria, lo habían creado mientras bailaban y huían en las calles, y eran tiroteados y asesinados.



Héctor Peterson, asesinado en Soweto el 16 de junio de 1976

Un año más tarde, el joven Stephen Biko, dirigente de aquel movimiento estudiantil era torturado hasta morir, un asesinato que terminó por destruirme... y provocar el milagro que ocurrió a continuación.

Para explicarlo de alguna forma que podáis comprender, os diría que aquel que había sido condenado a morir en el infierno resucitó justo entonces, atravesado por una llamada en la lengua de mis antepasados que surgía como un torrente de agua fresca en el desierto: ¡Yihla moja! , ¡yihla moja! ¡Que el espíritu descienda! decía la voz que me atravesaba y lo iluminaba todo. Y comprendía que aquel espíritu no era ya el de Nelson Mandela, sino el de Hector Peterson, el muchacho de doce años caído bajo las balas en Soweto, y el de Stephen Biko que renacían desde mis propias cenizas.

Lo que siguió es conocido por todos, una historia que, hasta hoy, ha continuado por treinta y ocho años: aquel hombre renacido tuvo que continuar golpeando las rocas de cal, pero los golpes no podían estar por más tiempo dirigidos contra un Mandela que había dejado

de existir; servían, sin embargo, para hacer crecer una esperanza irracional. Después la libertad, después el amor...



Cadáver de Stephen Biko, asesinado en Pretoria el 12 de septiembre de 1977

Me diréis que todo esto no es más que un cuento, que tras mi salida de la cárcel los muertos no decrecieron –niños y jóvenes asesinados–, que la policía ha seguido tiroteando las calles... Es verdad; y cada una de esas muertes sigue golpeando mi alma hasta hoy, cuando no dispongo ya de un martillo ni de una roca de cal para descargar los golpes sobre ella.

Es lo que está provocando mi última muerte, la que enviará a aquella joven alma renacida al reino de los espíritus errantes.

Pero tenía que contároslo antes de irme: este viejo que morirá en la segunda década del siglo veintiuno no es Nelson Mandela –ese que llamáis santo o héroe de la paz–, ni tampoco se trata de Hector Peterson o de Stephen Biko. Es solo un rastro del espíritu que renació de las cenizas de aquel condenado a romper rocas de cal, del niño tiroteado en las calles de Soweto y del joven revolucionario torturado hasta morir. Un eco inextinguible que vivificará a cualquiera dispuesto a morir como yo.

Juan Gorostidi, verano de 2013

INVICTUS

Más allá de la noche que me cubre
negra como el abismo insondable,
doy gracias a los dioses que pudieran existir
por mi alma invicta.
En las azarasas garras de las circunstancias
nunca me he lamentado ni he pestañado.
Sometido a los golpes del destino
mi cabeza está ensangrentada, pero erguida.
Más allá de este lugar de cólera y lágrimas
donde yace el Horror de la Sombra,
la amenaza de los años
me encuentra, y me encontrará, sin miedo.
No importa cuán estrecho sea el portal,
cuán cargada de castigos la sentencia,
soy el amo de mi destino:
soy el capitán de mi alma.

Poema de William Ernest Henley escrito en
1875 que Nelson Mandela recitaba una y otra
vez en su encierro carcelario

BIKO

Septiembre 77 / Port Elizabeth el buen
tiempo / Fue lo de siempre / En la
habitación de la policía 619 / Oh Biko, Biko,
por qué Biko... / Yihla Moja, Yihla Moja
(*que el espíritu descienda*) / -El hombre
está muerto

Cuando trato de dormir por la noche / Sólo
puedo soñar en rojo / El mundo exterior es
blanco y negro / Con muerto un solo color
/ Oh Biko, Biko...

Usted puede apagar una vela / Pero no se
puede apagar un incendio / Una vez que
las llamas comienzan a coger / El viento
que soplan más alto / Oh Biko, Biko...

Y los ojos del mundo están / mirándonos
ahora

Peter Gabriel